LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 17 DE FEBRERO DE 1890 — NUM. 425

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ENVIDIA, cuadro de H. Ealyford

Hay envidias de envidias, y la de los animales, y más particularmente lo de los canes, es de las menos nocivas, como hija de la adhesión que á sus amos tienen y de la necesidad de halagos que dichos animales sienten. Es, por decirlo así, una envidia sin consecuencias funestas. El perrillo del grabado, viéndose momentáneamente sustituído en el cariño de su ama por la nueva generación de gatitos, reclama su parte de caricias, hasta entonces por nadie disputadas, mientras la joven se entretiene en hacerle rabiar, aunque dándole á entender con su sonrisa que no será olvidado en beneficio de aquellos.

Este cuadro es, más bien que otra cosa, un juguete pictórico sin pretensiones y como tal se contempla con agrado.

JEFFERSON DAVIS

ex-presidente de los Estados Confederados durante la guerra de Secesión norte-americana

El día 5 de diciembre último falleció en Nueva Orleans M. Jefferson Davis, que por espacio de cuatro años hizo su nombre tan famoso en el mundo entero. Había nacido en el condado de Todd, Estado de Georgia, en 1808, y por consiguiente tenía cerca de ochenta y dos años á su fallecimiento. En su juventud abrazó la carrera militar ingresando como alumno en la escuela de West Point, y al estallar la guerra con Méjico formaba parte de la columna que mandaba el general Taylor, habiéndose distinguido particularmente en los combates de Monterey y de Buena Vista. Terminada la guerra, casóse con una hija de su superior jerárquico, y entonces abandonó la carrera de las armas para dedicarse á la política, desempeñando sucesivamente los cargos de diputado á la Legislatura del Mississippí, diputado al Congreso nacional, senador, Ministro de la Guerra, y senador por segunda vez.

Furibundo esclavista, puede decirse que fué el alma de la resistencia opuesta por los Estados del Sur á las medidas abolicionistas adoptadas por el presidente Lincoln, resistencia que terminó por la separación de la Unión de los Estados del Sur, los cuales le eligieron Presidente de su Confederación, tomando posesión de este cargo en la ciudad de Richmond el 22 de febrero de 1861.

Durante toda la guerra civil, Jefferson Davis desplegó cualidades de hombre de gobierno que sus mismos enemigos le han reconocido. Cuando después de cuatro años de lucha titánica, Richmond, capital y último baluarte de los separatistas, tuvo que rendirse á las tropas del general Grant, Davis se fugó con su familia, pero fué capturado en el interior del Estado de Georgia el 10 de mayo de 1865 y conducido á la fortaleza de Monroe, donde permaneció dos largos años cautivo. En 1867 se le puso en libertad, aunque condenándosele á la pérdida perpetua de sus derechos políticos, y desde entonces hasta el día de su fallecimiento se ha dedicado exclusivamente al cuidado de su familia y de sus intereses.

EL CONGRESO INTERNACIONAL AMERICANO

La prensa diaria ha dado ya noticias de la reunión en Wáshington de este importante Congreso, encaminado á estrechar más solidariamente las relaciones de los diferentes Estados independientes de América. Diez y siete son los representados en él, por cuarenta y seis enviados, cuyos retratos publicamos en este número en un grabado á cuyo pie encontrará el lector sus respectivos nombres.

La iniciativa para la celebración de este Congreso ha partido del presidente de la República de los Estados Unidos, con arreglo á un programa por todos aceptado y compuesto de las proposiciones siguientes:

1.ª Medidas que tiendan á conservar la paz y fomentar la prosperidad de los Estados americanos;

2.ª Medidas para formar una unión aduanera entre ellos;

3.ª Establecimiento de comunicaciones regulares y frecuentes entre todos los puertos de América;

4.ª Establecimiento de un sistema uniforme de reglamentos de aduanas, de clasificación y valuación de mercancías, de facturas, y de sanidad y cuarentena de los buques;

5.ª Adopción de un sistema uniforme de pesas y medidas, de privilegios de invención, derechos de autores y leyes para extradición de criminales;

6.ª Adopción de un tipo monetario de plata, pero acuñado por cada gobierno;

7.ª Convenio de arbitraje para que todas las cuestiones surgidas



ENVIDIA, cuadro de H. Ealyford

entre los diferentes Estados se diriman sin necesidad de acudir á las armas;

8.ª Convenio para tratar de cuantos asuntos puedan relacionarse con el bienestar de los Estados representados, si los presentasen á la conferencia los invitados á la misma.

Como se ve, este Congreso no es otra cosa sino el preliminar de una Confederación de cuantos Estados independientes componen hoy el continente americano.

Los diferentes Estados representados son: Estados Unidos del Norte, República Argentina, Chile, Uruguay, Méjico, Brasil, Perú, Guatemala, Ecuador, Colombia, Salvador, Honduras, Costa-Rica, Nicaragua, Bolivia, Paraguay y Venezuela.

COMPARSA CARNAVALESCA

cuadro de José Weiser

Uno de los atractivos que tienen los bailes de Carnaval, más que la danza en sí, consiste en los preparativos que exigen los disfraces que en ellos han de exhibirse, por supuesto cuando estos disfraces son algo más que un capuchón de percalina ó un mantón de Manila echado sobre el vestido habitual. La elección de traje, la reunión de los elementos necesarios para hacerlo, las diversas pruebas, y llegado el momento de ponérselo, la broma y la algazara que la operación trae consigo, sobre todo cuando se trata de una comparsa constituída por jóvenes de buen humor y por lo mismo dispuestas á divertirse con todos y á sacar partido de todo, son trámites preliminares que proporcionan tanta ó mayor diversión que el fin principal á que van encaminados.

El bello cuadro de Weiser nos da una idea de lo que apuntamos. Las jóvenes que en él figuran no constituyen una comparsa uniformada, pero la misma variedad de sus disfraces hace que sea más pintoresca y sobre todo que cada cual elija el que crea sentarle mejor, objeto primordial de la mujer, como lo es también su propensión á adoptar el traje masculino en tales circunstancias.

Por lo demás en esta pintura es de apreciar el movimiento y animación propios del asunto, así como varios detalles que le dan realce y colorido.

VISTAS DEL OASIS DE BISKRA

en el desierto de Sahara

Biskra es un gran oasis de la parte del desierto de Sahara perteneciente á la Argelia, y por consiguiente á Francia. Su clima es verdaderamente delicioso durante seis meses del año, y aun á mediados de mayo el calor no peca de excesivo. El cielo es de un azul purísimo, el aire seco y vigorizador, aunque el país está rodeado de arenales, las puestas de sol son magníficas y las noches de luna de un esplendor indecible. Además los usos, costumbres y trajes de los habitantes y de los beduinos árabes son interesantes, y los puntos de vista que se contemplan en aquel abrasador desierto con las montañas del Aurés al norte y los oasis de que está salpicada la región, son dignos de que se hagan excursiones algo prolongadas.

En el barrio francés hay dos buenos hoteles.

Biskra tiene sobre 100.000 palmeras datileras, además de otras muchas de distintas especies. Las chozas de los habitantes son de adobes y su interior carece de comodidades. Los chiquillos van medio desnudos, pero una mujer de Biskra con su traje especial ofrece un aspecto agradable: los hombres usan turbante y un albornoz, con frecuencia de tela fina y sumamente limpio.

Más allá del recinto de Biskra se ven aduares de beduinos cuyas bajas y oscuras tiendas están ocupadas, no sólo por personas, sino por toda una colección de animales domésticos, como perros, cabras, gallinas y uno ó dos camellos.

Las jóvenes, que no van cubiertas con velos, se casan á partir de los trece años, pero pierden rápidamente sus atractivos, tan luego como empiezan á tener hijos.

Desde Biskra se emprenden muchas excursiones, y nada es tan interesante ó distraído como una cabalgada por el desierto á algún oasis distante, soliéndose encontrar por el camino muchas caravanas compuestas de cien y más camellos, ó bien un escuadrón de spahis que maniobran en la llanura y hacen gala de su maravillosa destreza en la equitación.

Sidi-Okba es uno de los numerosos oasis del país, que sólo dista doce millas de Biskra, y en el cual hay una mezquita con la tumba de Sidi-Okba, guerrero agareno que, después de conquistar todo el norte de Africa desde Egipto hasta Tánger, metió su caballo en el Atlántico diciendo que solamente este valladar le podía detener en su empresa de obligar á toda nación situada allende el mar á reconocer al verdadero Dios y á darle el culto debido. Se considera dicha mezquita como el monumento muslímico más antiguo de Africa. Desde su minarete se divisa una magnífica vista del dilatado desierto con sus médanos de arena y las montañas del Aurés al norte; y al regresar á Biskra, no es raro disfrutar de otro de los más sorprendentes fenómenos del desierto, el espejismo.

LA INMACULADA CONCEPCION

ROGER DE LAURIA

estatuas labradas por D. Félix Ferrer y Galcerán

Merced al desarrollo y perfeccionamiento de la fotografía aplicada al grabado, podemos ofrecer á nuestros lectores la reproducción de estas dos obras de arte, debidas al cincel de un escultor que se ha revelado con singular pericia en su difícil profesión y que por la muestra está dotado de alientos para acometer mayores empresas.

Su estatua de la Inmaculada Concepción, esculpida en mármol, está inspirada en las místicas creaciones del insigne pintor Fra Angélico, pero se separa de ellas en que, sin dejar de estar la sagrada imagen impregnada de todo el candor virginal de María á la par que de la unción religiosa posible, presenta un realismo bien entendido, y tanto en el modelado de las carnes como en el plegado del ropaje se advierte la verdad y naturalidad que requiere toda obra escultórica.

Muy al contrario la estatua de Roger de Lauria, de tres metros y medio de altura, fundida en bronce, y colocada ya en el pedestal del monumento que ha de inaugurarse en breve en Tarragona, vese en ella una figura enérgica, vigorosa, varonil, y cual la historia nos retrata al gran almirante de Aragón, al esforzado marino, capaz de responder al almirante francés, conde de Fox, que si surcaban los mares, no ya las galeras enemigas, sino hasta los mismos peces, sin permiso de su rey ó sin llevar en sus escamas las barras de Cataluña y Aragón, los exterminaría. La actitud de la estatua de Lauria es cual corresponde al animoso denuedo con que el marino siciliano pronunció una intimación que, á pesar de lo arrogante, era muy capaz de llevar al terreno de la práctica, según lo acreditaron las muchas proezas que le han dado imperecedera celebridad.

El autor de ambas obras de arte, D. Félix Ferrer y Galcerán, natural de Mora de Ebro, é hijo y nieto de artistas, recibió de su padre las primeras lecciones hasta que pasó á París en cuya Academia de Bellas Artes permaneció seis años bajo la dirección de los eminentes profesores Drumont, Bonazieux y Thomas, habiendo obtenido una primera mención honorífica, un tercer premio y un segundo con votos para el primero. Pensionado por la Diputación de Tarragona, pasó á Roma para perfeccionarse en el arte con tanto entusiasmo como provecho abrazado, y allí ejecutó las dos mencionadas estatuas, un grande alto relieve representando la mediación del Papa en la cuestión de las Carolinas, un monumento para los padres Cartujos, el busto de Santa Filomena y algunas otras obras. Ultimamente se ha establecido en Barcelona, viniendo á aumentar la serie de los distinguidos escultores que con sus inteligentes esfuerzos á tanta altura elevan el arte español contemporáneo.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL DIA DE LOS FUNERALES

cuadro de Benjamín Constant

El nombre del autor de este lienzo, que goza de justo y bien conquistado renombre, así como el de M. Baude, grabador de la reproducción que en este número incluimos, aquilatan sobradamente el mérito de una composición, que, expuesta en el Salón de París de 1889, conquistó en alto grado el aplauso de los inteligentes.

M. Constant, aficionado como muchos de los artistas contemporáneos, á los tipos y costumbres mahometanas, ha trazado con sin igual maestría una escena de Marruecos, palpitante de verdad y modelo de ejecución, con la cual ha añadido un nuevo lauro á los muchos alcanzados en el arte que, con tanta asiduidad como inteligencia, profesa.

UN CHASCO AL DIABLO

(Conclusión)

Pero los días pasaban y las cosas seguían lo mismo.

Una noche que se retiraba á su casa desesperado al ver que su torpeza ó su mala suerte le perseguían siempre, al arrebujarse entre las sábanas de su cama pensó en que bien pudiera renunciarse á la gloria eterna, con tal de vencer en la lucha en que se había empeñado.

Pasada la excitación, causa de aquel pensamiento, sintióse medroso, y recordando las oraciones que en su infancia balbució en el regazo materno, las murmuró con fervor pidiendo al cielo perdón por aquel pensamiento.

La pasión del juego, ó con más exactitud, la vanidad, llegó á enseñorearse del alma de Basilio hasta tal punto que no tuvo más pensamiento que el juego, y dejó de ser el obrero honrado para convertirse en frecuentador constante de la taberna.

Una tarde, la de un domingo, asistió á primera hora al juego de bolos y perdió todas las partidas por más que jugó con el jugador menos hábil, y pasando por la humillación de que éste le diera ventajas.

Salió del juego de bolos rabioso y triste, y pensó en que en algo había de vencer.

Recordó que en otros tiempos había sido elogiada su gentileza, y se dijo: «Si estas son mis ventajas ¿por qué no he de aprovecharlas? Las mozas del pueblo se darán todas por muy satisfechas por bailar conmigo. Si Teodoro, el jugador más hábil y afortunado, me vence en todos los juegos, yo le venceré arrebatándole su pareja.»

Se dirigió á la plaza del pueblo. Al son de una destemplada guitarra bailaban mozas y mozos unas alegres y salerosas seguidillas manchegas.

Buscó pareja Basilio, y no pudo hallarla, pues no se conformó con sacar al ruedo á unas dos ó tres desgraciadas mozuelas que por su subida fealdad estaban condenadas á asiento perpetuo entre las viejas del lugar.

Cesó la música para dar descanso á los bailarines y para que los mozos refrescasen sus gaznates.

Tras breve rato de descanso volvió á sonar la guitarra, y Basilio, apenas se oyeron los primeros acordes, se dirigió hacia una de las mozas más guapas del pueblo, la novia de Teodoro, y la invitó al baile. Su invitación fué aceptada, salieron á la plaza y comenzaron á bailar.

Basilio no había contado con la huéspeda: jamás había bailado, y le causó rubor verse entre tanta gente haciendo piruetas. Imaginóse que todo el mundo fijaba en él sus ojos, la turbación le hizo perder el compás, y entonces fué cuando la ridícula figura que hacía y sus descompuestos movimientos llamaron sobre él la atención.

Su pareja, disgustada al verse objeto de todas las miradas, cesó de bailar, y dando una rabotada, dijo:

– Basilio, antes de sacar á bailar á *nenguna* aprende. Y te *azvierto* que este juego, como todos, no es para tontos.

Corrido y avergonzado salió Basilio de la plaza, creyendo oir al alejarse ciertos murmullos y risotadas burlonas, y desde allí encaminóse hacia la taberna.

Llevaba en su bolsillo seis pesetas, y sin reparar en que aquel era su último dinero, al ver á Teodoro, su rival en el juego y novio de la muchacha que poco antes le había despreciado, dijo:

– Teodoro, seis pesetas tengo, mano á mano las juego contigo á la brisca, al tute, al mús ó á lo que quieras.

Teodoro le contestó:

– Hombre, me da *concencia* ganarte: si juegas menos que un guardacantón.

– *Cuidiao* con la lengua, replicó Basilio. Dí si juegas ó no juegas, que es lo que pregunto, y si soy ó no soy guardacantón *aluego* se verá. Mi dinero es este, y creo que es plata del rey.

Y al decir esto arrojó sus seis pesetas sobre una mesa de pino de la taberna.

– Muy *juerte* vienes, contestó Teodoro, pero á mí no *ma asustas: juegaré* contigo á lo que quieras, y *pa probá-telo* vamos á *juegarnos* dos pesetas á tres cotos al mús, y las otras cuatro á quién bebe más vino, y el que pierda que pague.

– Ya está dicho, replicó Basilio, y añadió:

– Patricio, *traite pa ca* una baraja, tantos *pa ai* mús y un jarro de vino.

Sirvió el tabernero lo que se le pedía, y al poco rato de haberse comenzado la partida estaba la taberna llena de gente para ver los accidentes y el resultado de aquella apuesta.

No hace al caso relatar todos los incidentes de la lucha. Sin que fuese reñida la contienda, Basilio perdió los tres cotos al mús.

– A esto me has ganado, dijo; veremos si también me ganas á beber vino. Patricio, echa una docena de vasos.

Teodoro replicó:

– Esos serán para tí; ¡Patricio! *pa* mí echa un jarro.

Sirvió el tabernero lo que se le pedía. Basilio bebió de un solo sorbo un vaso. Teodoro le miró con desprecio y agarrando el jarro se echó entre pecho y espalda la mitad de su contenido.

– Con muchos ánimos empiezas, veremos cómo acabas, dijo el tabernero.

– Acabaré, contestó Teodoro, por acompañar á éste á su casa. Eso nadie mejor que V. lo sabe.

– Vengan fanfarronadas! añadió Basilio, y dejándose llevar de su amor propio herido, apuró uno tras otro hasta seis vasos de vino. Su enemigo mortal, su necia vanidad, le hizo cometer aquella tontería con la cual perdió la apuesta.

No pudo continuar lucha tan bestial. Momentos después de haber bebido Basilio los seis vasos, perdió el sentido.

Como había pronosticado Teodoro, tuvo que acompañarle á su casa.

Algunas horas pasó Basilio sufriendo el malestar de la embriaguez. Cuando hubo dormido la mona, como vulgarmente se dice, despertó sintiendo en la cabeza un agudo dolor y en el vientre terribles angustias. Recordó entonces las humillaciones que durante el día había sufrido y sintió tal rabia que casi olvidó los dolores y las angustias que le atormentaban.

Como en otra ocasión, un sacrílego pensamiento se fijó en su mente.

– El alma al diablo vendiera, se decía, por vencer en todo, á los que hoy me miran con lástima. Ser el primero en todo! Por esta dicha en la tierra, vengan todas las penas del infierno.

Apenas esta idea surgió en su cerebro, una amarillenta luz alumbró su cuarto.

Con asombro vió Basilio sentado á los pies de su cama á un joven barbilampiño y hermoso que dijo con voz dulce y seductora lo siguiente:

– Yo también quise ser el primero en todo y lo soy en alguna parte. Como tú renuncié á unas dichas porque nadie me humillara. Tu carácter es semejante al mío; siento por tí simpatía vivísima y estoy dispuesto á protegerte. Muchos años hace, más que años siglos, que no salía de mi reino para hacer proposiciones á ningún hijo del cándido Adán. Habíame prometido no volver jamás á pisar la tierra y por tí falto á mi promesa. No me lo agradezcas; si lo hago es porque espero hallar en tí un ser digno de mí. Creo que eres sangre de mi sangre y hueso de mis huesos. Que nadie me supere y me humille, pensé, y ese mismo pensamiento acabas de tener. Si en él persistes, pide y te se dará.

Basilio escuchó este largo exordio asombrado y temeroso. Iba á contestar cuando aquel caballero continuó su interrumpido discurso diciendo:

– Sé lo que vas á preguntarme. ¿Quieres saber quién soy? Y ¿qué importa eso para tu deseo? Soy un amigo que está dispuesto á complacerte. ¿Piensas ahora en lo que voy á exigirte en cambio de lo que estoy dispuesto á conceder? Nada ó casi nada. No imagines que soy el diablo vulgar de las apariciones, que exige para conceder mezquindades, que se le entregue el alma y se firme un contrato con sangre de las venas. Todas esas son ridículas antiguallas. Tu palabra de caballero me basta, tu alma para nada la quiero. Sólo exijo de tí una cosa sencilla. No pidas nada al cielo, olvídate de Dios, promete no poner nunca la planta en los templos del que se llama Señor de todo lo creado y en cambio solicita de mí lo que quieras.

Guardó silencio el joven tentador.

En el alma de Basilio se despertaron terribles temores. Recordó á su madre, pero aquel recuerdo se desvaneció, y ante sus ojos aparecieron la escena del juego de bolos, sonaron en su oído las risotadas burlonas que había escuchado al alejarse de la plaza del pueblo, donde tal ridículo había sufrido como bailarín, vió á Teodoro que con despreciativa sonrisa le ganaba uno y otro coto al mús; le recordó después bebiendo de un solo trago medio jarro de vino, y entonces, sin titubear un instante, alargó su mano al nocturno visitante y le dijo:

– El trato es trato. No sólo olvidaré á Dios, renegaré de El si me das lo que voy á pedirte.

– Sé lo que quieres y te lo concedo. Mañana aquí y en todas partes vencerás en todo. Te doy más de lo que pides. Pretendías ver tu vanidad satisfecha y nada más. Yo te concedo lo que deseabas y te ofrezco una fortuna. Tu vanidad quedará satisfecha, pero además podrás eludir la dura ley del trabajo y enriquecerte mientras te diviertes. No necesito garantía ninguna que asegure el cumplimiento de nuestro contrato. Si faltas á él, si algún día llegas á entrar en la casa del Señor, un rayo de mi cólera te herirá de muerte á la salida.

Desapareció la visión. Quedó en sombras el cuarto de Basilio. Algunas horas pasaron antes de que un rayo de sol penetrara por entre las rendijas de la ventana. Al dar la luz en los ojos de Basilio los abrió éste y no supo si en la pesadez del sueño que causa el vino, había soñado.

Después de algunos momentos de duda, para ahuyentar el recuerdo de aquella pesadilla, quiso como de cos-



JEFFERSON DAVIS

ex-presidente de los Estados Confederados durante la guerra de Secesión norte-americana † 5 diciembre 1889

tumbre recitar una oración que en sus primeros años le había enseñado su madre, pero la plegaria se había borrado de su memoria.

Haciéndose superior á la pesadez que su cuerpo y su espíritu sentían, entregóse á su trabajo y así pasó los seis días que faltaban para que llegase un nuevo domingo.

Llegó el día que los hombres dedican al descanso y Basilio como todos los mozos del pueblo fué á eso de las dos de la tarde al sitio en que se hallaba el juego de bolos.

Al entrar en él, recordó que no había cumplido el precepto religioso que ordena oir misa todos los domingos y fiestas de guardar. Por un instante sintió remordimiento por aquella falta, mas bien pronto asomó á sus labios una sonrisa burlona y á sí mismo se dijo: – ¡Qué tontería, preocuparse por no ver que el cura hizo esto ó lo otro!

En el juego de bolos hallábanse ya algunos jugadores concertando la primera partida que debía jugarse en la tarde.

Solicitó Basilio un puesto, y no sin trabajo se le concedió.

Hízose la prueba para ver quién había de ser el primero que tirara la bola y en ella salió gananciöso Basilio.

Cogió entre sus manos la pesada bola de piedra y arrojándola con fuerza derribó todos los bolos necesarios para ganar la partida. Otra y otra y otra vez ocurrió lo mismo, con gran asombro de todos los jugadores y espectadores.

El que antes había sido despreciado, vióse entonces agasajado y mimado por todos.

El hecho resultaba inexplicable, mas no por eso se negaban á Basilio cumplimientos y felicitaciones.

Desde el juego de bolos se dirigió el protagonista del cuento á la plaza en que bailaban mozas y mozos.

Eligió una pareja y comenzó á bailar con tal donaire, con tal gracia, con tal desenvoltura, que todas las parejas fueron retirándose dejándoles solos, y hasta el guitarrista dejó de tocar asombrado al ver tanta habilidad.

Basilio miró á sus conciudadanos con desprecio y se retiró de la plaza sin querer oir las alabanzas y elogios que le hubieran prodigado.

Al anochecer dirigióse á la taberna.

No encontró competidor digno de él, ni para el mús, ni para ningún otro juego.

Sin que nadie apostara con él, á eso de las diez de la noche cuando ya todos los asistentes á la taberna iban á retirarse, pidió un jarro de vino, el mayor que en la casa hubiera, y de un solo trago se lo echó al cuerpo.

Sin tambalearse, solo y sereno como había entrado, salió de la taberna sin dirigir ni un saludo ni una mirada á sus compañeros.

Llegó á su casa, echóse en la cama sin desnudarse, y por un momento se sintió feliz.

Había vencido.

Mas no tardó en preguntarse el cómo y el por qué de aquella victoria.

Vino á su memoria el recuerdo de la visión que en el pasado domingo había tenido.

El temor se apoderó de él, mas se desvaneció bien pronto y un letárgico sueño cerró sus párpados, y en el imaginario mundo á que nos llevan los ensueños se vió triunfante, vencedor siempre, rico, poderoso, disputado por las mayores bellezas del pueblo, único rincón del mundo que hasta entonces conocía.

Al siguiente domingo volvieron á repetirse las mismas escenas.

Las ganancias que en el juego obtenía hicieron que el producto de su trabajo le pareciera mezquino, y como le era más fácil ganarse la vida jugando que trabajando, abandonó y despreció el trabajo.

Tal llegó á ser la habilidad y la suerte de Basilio en el juego, que no habían transcurrido seis meses desde el día en que había tenido lo que él llamaba su sueño feliz, cuando no hallaba en el pueblo quién con él quisiera jugar.

Viejas y niños, mozas y mozos, miráronle con cierto aire supersticioso.

En el pueblo se había corrido la voz de que tenía pacto con el diablo.

No de otra manera podía explicarse su extraordinaria y extraña suerte.

De tal manera llegaron á ponerse las cosas, que Basilio creyó necesario abandonar su pueblo natal.

Una tarde llevando en un hato su equipaje, consistente en algunas camisas, otras piezas interiores y el traje de los días de fiesta, salió de su pueblo encaminándose á la capital de la provincia.

Por espacio de algunos meses y merced á su suerte dióse en aquella capital una vida, si no de príncipe, de potentado que de sus rentas viviera.

Lo que en su pueblo le había ocurrido ocurrióle al fin en la ciudad; en ninguna parte le dejaban jugar; tuvo pues precisión de salir de allí, como había salido del pueblo en que nació.

Comenzó entonces para él una constante peregrinación.

Nuevo judío errante iba de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, y siempre su buena suerte obligábale á marchar, siendo para él cual la voz que al zapatero de la leyenda religiosa le grita, ¡anda! ¡anda!

En su peregrinación llegó á Madrid.

Allí creyó que al fin echaría raíces.

– Madrid es muy grande, se decía; aquí haré mi fortuna: hasta ahora no he visto más que lugarejos miserables.

Algunos años vivió en Madrid sin sufrir contratiempo alguno; mas también aquí es reducido el círculo de los viciosos, y al fin llegó á ser conocido en todos los sitios en que se rinde culto al vicio.

Una noche hallándose en un garito de los de peor especie, único sitio en que le era permitida la entrada, consiguió se le dejara apuntar al clásico y español juego del monte.

Los jugadores que en la casa se hallaban eran todos gentes de rompe y rasga y aquella noche hallábanse contentos porque habían conseguido desplumar á un incauto preparándole una encerrona y empleando toda clase de truhanerías y malas artes.

En pocos momentos el mal ganado dinero de aquellos tahures pasó á manos del afortunado Basilio.

La extraordinaria suerte que favorecía á nuestro héroe manchego, y sobre todo la rabia que en los tahures produjo verse privados del dinero que tanto *trabajo* les había costado ganar, produjo una cuestión que, pacífica en los primeros momentos, concluyó por tremenda y sangrienta lucha, entablada á las puertas del garito.

Venció en la lucha Basilio, obligando á dos de sus contrincantes á emprender precipitada fuga y dejando á un tercero tendido en el suelo de una terrible cuchillada en el pecho.

Acudió á los gritos la policía, huyó Basilio aterrorizado al ver sangre derramada por él, pero fué alcanzado en su huida y encarcelado.

Aquel que tantas dichas se prometía, se vió privado de libertad.

El que suspiraba por goces sin fin, veíase despreciado y arrojado del seno de la sociedad.

Fué Basilio sentenciado como homicida.

Cumplió en los presidios de Africa muchos años de condena; mas al fin recobró la libertad. Durante tantos años de horribles padecimientos, ni acudió al cielo en demanda de consuelos, ni jamás sus labios murmuraron las oraciones que en su infancia aprendió.

Al verse libre no pensó más que buscar en los placeres una compensación á las privaciones que había experimentado.

De nuevo se entregó al juego y siempre la suerte seguía favoreciéndole.

En Barcelona le ocurrió un percance parecido al que en Madrid le había ocurrido, mas aleccionado por la experiencia y dolorido por el castigo, prefirió verse apaleado y robado antes que exponerse á ser preso.

Salió de Barcelona pobre, tan pobre y tan miserable, que tuvo que pedir una limosna para no morirse de hambre.

Un día al caer de una triste tarde de invierno llegó á un pueblecillo de Valencia.

Las calles del pueblo estaban solitarias.

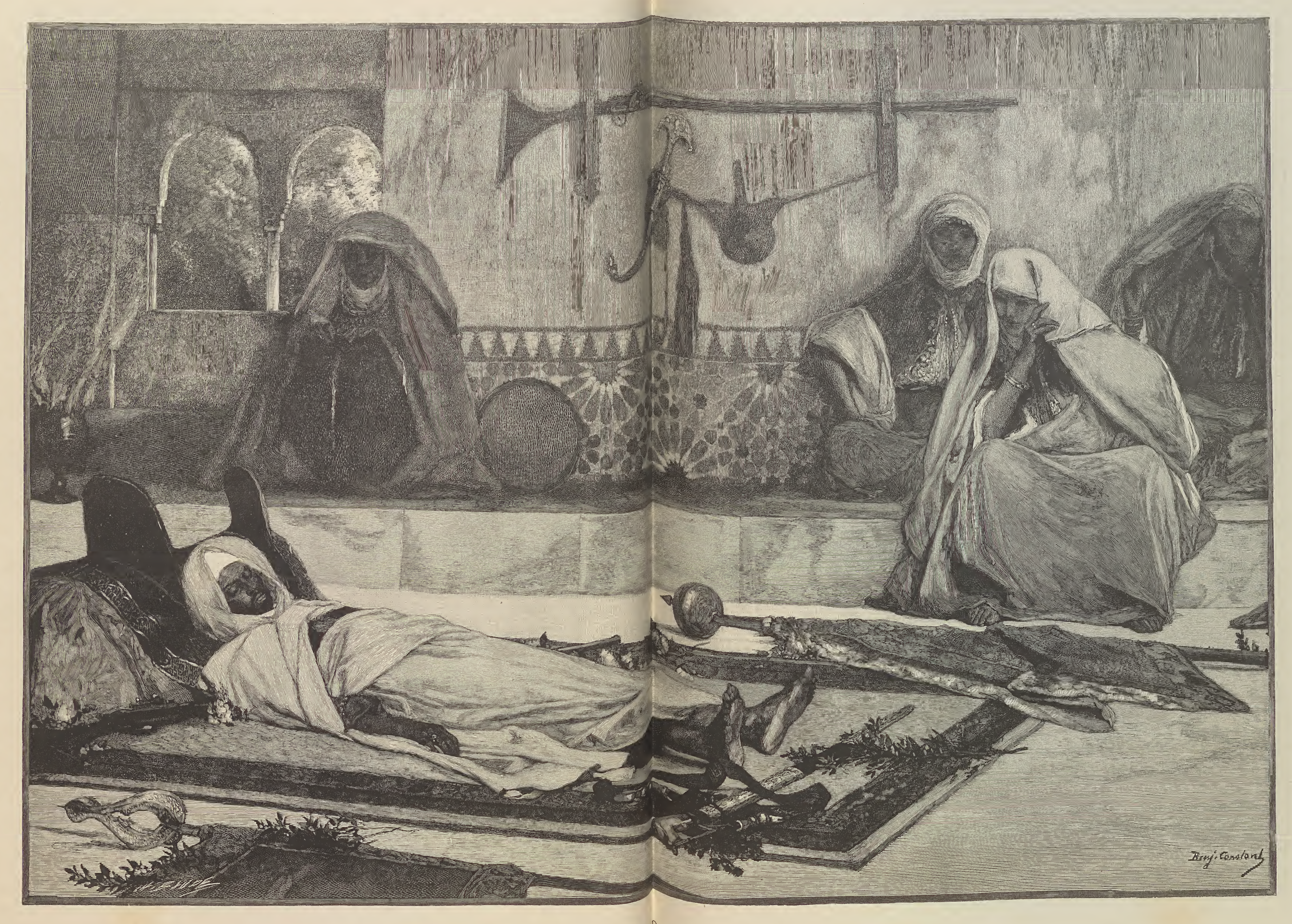


REPRESENTANTES DEL CONGRESO INTERNACIONAL AMERICANO
celebrado en la capital de los Estados Unidos del Norte

1. Carlos R. Flint. – 3. John B. Henderson. – 4. Melchor Obarrio. – 5. M. M. Estee. – 7. Clemente Studebaker. – 9. Cornelius N. Bliss. – 10. Carlos M. Silva. – 12. José M. Hurtado. – 14. Clímaco Calderón. 15. John F. Hanson. – 16. E. Constantino Fiallos. – 18. F. C. C. Zegarra. – 19. Henry G. Davis. – 20. F. N. Silva. – 21. Alberto Nin. – 22. Lafayette R. Pereira. 23. Silveira Martino. – 24. F. Cruz. – 25. J. A. F. da Costa. – 26. Matías Romero. – 27. J. Zelaya. – 28. J. G. do Amaral Valente. – 29. Secretario Blaine. – 30. M. de Mendoza. – 31. Sal. de Mendoza. 34. Juan F. Velarde. – 36. J. Castellanos. – 37. Dr. Guzmán. – 38. M. Aragón. – 39. – A. A. Adee. – 40. Walker Blaine. – 41. Secretario Moore. 42. M. Velarde. – 43. Teniente H. R. Lemly, U. S. A. – 44. Capitán J. G. Burke, U. S. A. – 45. William H. Trescott. – 46. J. Fenner Lee, Jefe de Negociado del Departamento de Estado.



COMPARSA CARNAVALESCA, cuadro de José Weiser. Presentado en la última Exposición de Bellas Artes de Munich



EL DÍA DE LOS FUNERALES, CUADRO DE BENJAMIN CONSTANT



GRUPO DE ÁRABES EN EL MERCADO



LA MEZQUITA DE SIDI OKBA



UNA CARAVANA DIRIGIÉNDOSE Á LA ANTIGUA FORTALEZA DE BISKRA



EL DESIERTO DE SAHARA

VISTAS DE BISKRA, OASIS DEL DESIERTO DE SAHARA, copiadas de fotografías instantáneas

Caminando á la ventura vino á dar á las puertas de una iglesia.

A sus oídos llegó el murmullo de los rezos de los fieles que en la iglesia estaban. Por su imaginación pasó la idea de penetrar en la iglesia, mas sus pies se clavaron en el suelo y cayó desplomado en tierra.

Algún tiempo después, concluído el rosario, salieron los feligreses del templo.

Ninguno se fijó en Basilio que yacía en el suelo.

Pasaron algunos minutos; se oyó el ruido de algunas puertas que alguien cerraba.

Una voz cascada y débil dijo:

– Hasta mañana!

– Vaya V. con Dios! contestó otra voz, al mismo tiempo que sonaba el ruido de los goznes de la verja que cerraba el atrio de la iglesia.

Bajó tres escalones el cura y al ir á torcer por la izquierda tropezó con el cuerpo de Basilio que aun yacía en el suelo.

Incorporóse el cura, volvió á la iglesia, pidió auxilio al sacristán y entre ambos condujeron á Basilio á la casa rectoral, que hallábase próxima á la iglesia.

Recobró Basilio el sentido, y al poco rato, merced á los cuidados del sacerdote, pudo referirle su historia.

El bueno del cura, al terminar su relato Basilio, soltó una franca y alegre carcajada.

– ¿Con que dices que este es el pacto que hiciste con el demonio? Pues no va á ser flojo el chasco que se lleve! Te prometió, según dices, que vencerías siempre y serías el primero en todo? pues yo te aseguro que el pacto ha de quedar roto por él. Desde mañana veremos si me vences en ser caritativo.

Al siguiente día comenzó una extraña lucha entre el cura y Basilio Este á su pesar sintióse más caritativo que San Vicente de Paul.

El demonio defendía bien sus derechos.

El pobre cura sentíase vencido, faltábanle fuerzas para luchar contra la *diabólica caridad* de Basilio.

Iba ya á darse por vencido cuando de pronto se le ocurrió una feliz idea.

– ¡Ah! exclamó; en algo puedo vencerte: en generosidad. Tu alma la vendiste al demonio, la mía se la he ofrecido á Dios: cambio tu alma por la mía ¿Qué puedes tú darme en pago? ¿Puedes mostrarte más generoso que yo?

Basilio no contestó.

Sintió que sus rodillas se doblaban, cayó de hinojos ante los pies del sacerdote y á su memoria volvieron las oraciones que su madre le enseñara.

El cura entonces, frotándose las manos en señal de satisfacción y dibujándose en sus labios una alegre sonrisita, dijo:

– Levántate, hijo mío, levántate; buen chasco le hemos dado al demonio!

Rafael M.ª Liern.



LA INMACULADA CONCEPCION

Estatua de mármol de D. Félix Ferrer y Galcerán

LA SOGA ARRASTRANDO

I

Unos le querían bien y otros le querían mal; pero todos convenían en que era buen mozo.

Alto y derecho como un pino, blanco y colorado de la cara, apuntándole apenas el bozo, porque todavía no había entrado en quinta, pero ya desarrollado y fuerte, era Marcelo el muchacho más guapo del lugar, sin disputa ninguna.

Así es que en cuanto se presentaba los domingos por la tarde en el baile con un pañuelo francés en cada bolso de la chaqueta asomando las puntas, un ceñidor de estambre azul y verde sosteniendo el pantalón de corte y un sombrero calañés con vueltas de terciopelo y dos motas de seda monumentales, una en el ala y otra en la copa, ya nadie miraba más que á él, y si acaso, á la afortunada muchacha con quien le tocaba bailar, que *casualmente* solía ser Juliana, la hija del tío Juan de Asturias.

La repetición de esta casualidad iba haciendo pensar á la gente que Marcelo debía de tener una miaja de afición á Juliana, á la cual por esta causa tenían ya las otras mozas una envidia muy grande, mientras que las personas formales y sesudas no andaban lejos de compadecerla.

Porque es de advertir que Marcelo no tenía del todo buena fama. Era hijo de viuda, y estaba por consiguiente muy mal educado; pues ya se sabe que donde no hay barbas no hay verguenza, y que cuando no huele la casa á hombre, los mozalbetes se van haciendo desde luego libertados y cholondrines, para llegar á desenfrenados y disolutos.

La pobre tía Roja, que así llamaban en Fontanal á la madre de Marcelo, débil como mujer y como madre y especialmente como madre que, por haber perdido al padre de sus hijos, concentra en éstos su cariño con más intensidad, en vez de mandar y hacerse obedecer, solía disputar con su hijo mayor, cuando era todavía un renacuajo, sobre si había de hacer esto ó lo otro; y, es claro, sacadas las cosas del terreno de la autoridad y llevadas al de la discusión, Marcelo se salía siempre con la suya.

Y como la suya no solía ser buena, fué el rapaz progresando en la malicia, de modo que á los diez y ocho años salía ya todas las noches de ronda y andaba como un loco de ventana en ventana, llenando á las pobres mozas la cabeza de viento.

Además un invierno, en el tiempo muerto para la agricultura y para el monte, se empeñó en irse á trabajar á las minas de Sabero, donde había ingleses protestantes, y trajo de allá buenos cuartos, porque para todo tenía disposición, pero trajo también malas ideas; tanto que una noche, en una francachela, se le escapó decir á otros dos mozos que no era necesario confesarse.

Los dos mozos quedaron escandalizados al oirle aquella barbaridad, y con tal vehemencia le afearon el dicho, que, viendo él lo mal que les había sentado, trató de remendar, asegurándoles que lo decía en chanzas.

Pero uno de los mozos se lo contó luego á su madre, la cual, después de prohibirle terminantemente volver á juntarse con Marcelo en todos los días de su vida, se lo contó en reserva á alguna otra mujer, y así poco á poco se fué rugiendo hasta llegar á oídos del señor cura y á los de todo el vecindario.

Así le empezó á Marcelo la mala fama, que él por su parte no trató nunca de destruir, sino que se obstinó en confirmar lastimosamente.

Por eso cuando se vió ya con claridad que Marcelo se inclinaba á Juliana y que á ella no la enojaba esta inclinación, había quien se lastimaba de ella sin reparo.

– Milagro será que bien la pinte, – decía la tía Francisca la Redonda; – porque ese muchacho anda por ahí todas las noches como gallo sin cabeza, y los que principian muy temprano á ventanear (1) suelen ser los que se casan más tarde ó no se casan nunca.

No faltó gente maliciosa que supusiera que en los tristes augurios de la tía Francisca había tanto de envidia como de caridad, cuando menos; porque la tía Francisca tenía dos hijas, y la malicia se daba á sospechar que si Marcelo se dirigiera á alguna de ellas, no había de escupirle.

Ya se verá más adelante que esta suposición era injusta.

La tía Francisca se compadecía sinceramente de Juliana, igual que otras buenas mujeres del lugar, y tenían razón para ello.

Juliana era guapa, pero era muy pobre.

Su padre, á quien llamaban Juan de Asturias, no porque se apellidara así, sino porque era asturiano, había venido de Villaviciosa con el oficio no muy socorrido de tacholero, que está un grado por bajo del de zapatero remendón, se había enamoriscado de una sajambriega tan pobre como él, que estaba de criada en la taberna, y se habían casado sin tener más que el día y la noche. De modo que Juliana tenía el dote en la cara, como solía decir su madre, pero no tenía otro.

Y como el hijo de la tía Roja era uno de los mozos más ricos del lugar, pues tenía muy buenos cachicos de prado y de tierra, no parecía natural que se fuera á casar con la más pobre, y era, en cambio, muy racional el temor de que la pobre Juliana iba á perder el tiempo.

¡Ay! ¡Pluguiera á Dios que no hubiera perdido nada más!

II

La infeliz muchacha se llegó á enamorar ciegamente de su galanteador. La buena figura de Marcelo y su gran disposición, así para trabajar como para jugar á los bolos, luchar y tirar la barra, pues lo mismo en sus labores que en las diversiones era el primero siempre y el que más se lucía, la tenían del todo sorbido el seso.

Más de un año anduvo dándose pisto de novia formal, presentándose en todas partes muy hueca y muy ufana de pensar que la tenían envidia las otras.

Pero después dió en no salir de casa, ni á misa. Se dijo al principio que estaba enferma, luego se habló de ella al escucho y con misterio una temporada, hasta que por fin ya se dijo raso por corriente que Juliana se había desgraciado.

Entonces lloró mucho, no sólo por haber faltado á sus deberes y haber perdido la gracia de Dios y la estimación del mundo, sino porque Marcelo comenzó á escasearla las visitas y acabó por retirarse completamente de su casa.

Tuvo un niño que Marcelo no quiso reconocer, lo cual fué ya para ella el colmo de la amargura.

Algunos parientes de Marcelo, movidos á compasión de la muchacha, y aun de él mismo, pues temían que empezando tan mal no podía acabar bien, le predicaron mucho para que pagara su pecado y reparara el daño, en lo posible, casándose con Juliana y legitimando de este modo á su hijo; pero todo fué en vano.

Marcelo no podía oir hablar de Juliana, que le parecía ya la mujer más mala, la más tonta y hasta la más fea del mundo.

Sabía el refrán que dice que para ante el enemigo, más vale la neguilla que el trigo, y tomando por enemigos á los que bien le aconsejaban, se agarró á la neguilla con gran obstinación, jurando y perjurando que él no había tenido nada que ver con Juliana, añadiendo que ésta era una bribona que andaba con unos y con otros, que á saber de quién sería el niño, y otras cosas tan injustas como estas, que nadie le creía, pero con las que él pretendía disculparse, aunque en realidad no hacía más que echarse tierra á los ojos, y añadir al pecado de la deshonestidad el de la calumnia.

Llegó la quinta, de la que no estaba libre Marcelo por su calidad de hijo de viuda, pues tenía otro hermano de diez y siete años. La mayor parte de la gente no deseaba otra cosa sino que á Marcelo le tocara ir por soldado para que no siguiera dando escándalo en el pueblo. Su misma

(1) Hablar con las muchachas por las ventanas.

madre, la pobre tía Roja, á quien la desgracia de Juliana había afligido más que á nadie, tenía momentos de desesperación en que decía que ojalá le tocara el número primero, para no volver á verle delante de sus ojos. Sólo Juliana, que conservaba todavía la esperancilla de que Dios le tocara en el corazón y de que al fin se casara con ella, deseaba para él un número de los más altos.

Y en esto se cumplió el deseo de Juliana, pero no en lo otro. Porque á Marcelo le tocó efectivamente el número penúltimo; pero lejos de pensar en casarse con Juliana, comenzó con inaudito descaro á pretender á otras.

La primera á quien se dirigió fué Josefa, la mayor de las hijas de la tía Francisca, la que se compadecía de Juliana.

Y el caso es que á Josefa la gustaba mucho Marcelo, porque era tan buen mozo y de carácter tan alegre, y luego también era rico, y todo lo había que mirar; en fin, que por ella no hubiera quedado; pero en cuanto su madre advirtió aquella naciente afición se la quitó, diciéndola: «No, hija mía, no; de ese no te acuerdes, que no te ha de faltar con quien casarte: ese mozo lleva la soga arrastrando, y el día menos pensado la pisa.»

Con lo cual Josefa, que era una muchacha buena y obediente, siguió el consejo de su madre, sacrificando su gusto y cerrando su corazón á piedra y lodo contra las ulteriores galanterías de Marcelo.

Otras calabazas le dió Petra, la del cabecero del puente, también por consejo de su madre, la tía Felipa, para la cual, lo mismo que para su convecina la Redonda, era indudable que á Marcelo le tenía que suceder alguna desgracia.

III

Marcelo, sin embargo, por lo mismo que la conciencia le acusaba de su mal proceder, se empeñaba en quitar hasta la posibilidad de la reparación, casándose cuanto antes, y después de otras varias tentativas comenzó á pretender á Clara, la hija del tío Manuel de Solacueva.

La pobre Clara ya no tenía madre, y como el mozo la gustaba, y como ella iba siendo ya entrada en años y tenía miedo á quedarse para vestir vírgenes, pues ni su presencia ni su caudal eran para enamorar mucho, y como por otra parte su padre, lejos de detenerla, la animaba, porque le parecían muy bien los prados y las tierras de Marcelo, fué haciéndole caso poco á poco.

No la gustaban las historias de Juliana; pero como Marcelo lo negaba todo con tanta formalidad, y como somos tan fáciles en creer aquello que nos agrada, Clara llegó á creer, ó por lo menos á creer que creía que Marcelo no había tenido arte ni parte en aquel desgraciado suceso, sino que había sido víctima de un mal querer, y cuando alguno la hablaba mal de Marcelo fundándose en aquella historia, decía la pobre muchacha con aire de convencida: «¡Dichoso el que paga sin culpa!»

Una tarde, al volver de la fuente al oscurecer, la salió al encuentro Juliana con el niño en los brazos, y la dijo:

– ¿Con que te vas á casar con Marcelo?

– No lo sé, – contestó Clara tímidamente.

– ¿Que no lo sabes?... Lo que tú no sabes es ladrar, porque no se estila... Pero te advierto que si te casas, tan buena serás tú como él... Mira, aquí tienes á su hijo, que es su retrato: mírate en este espejo... ¡Ya se ve! como nunca nadie te ha dicho qué haces ahí, ni nunca te volverías á ver en otra...

Ello fué, que aun cuando Clara trató de evitar el escándalo y no quiso entrar en contestaciones, Juliana se fué tras de ella á la calle abajo dando gritos y poniéndola de la ley cansada.

No se desanimó Clara por esta ni por otras escenas desagradables de la misma índole.

Sus relaciones con Marcelo fueron tan bien que en una de las primeras noches del mes de junio se hicieron los tratos, quedando convenido que se casarían un mes más tarde, cuando volvieran los carros de la carretería de San Juan, de la que había de traer Marcelo el pan y el vino para la boda.

Al día siguiente se fué Marcelo al monte, cortó un roble, comenzó á cercenar y descortezar maderos, y un día labrando, otro serrando, otro deshilando, otro azoleando, al fin de la semana tenía preparada una cuba de á diez y seis palmos que llevaba la vista.

El catorce de junio por la tarde se despedía Marcelo cariñosamente de Clara, y salía con otros ocho ó diez compañeros para la feria de Valladolid, cada uno con su carro cargado de madera, pensando volver á los veinte días con cargamento de trigo y de vino.



ROGER DE LAURIA

Estatua en bronce de D. Félix Ferrer y Galcerán, destinada al monumento que debe inaugurarse en Tarragona

Es esta una expedición anual obligada de los pobres montañeses que no pueden vivir con los productos solos de la agricultura y de la ganadería, expedición penosa por tener que caminar á la intemperie y al tardo paso del carro, pero de la que sacan alguna utilidad, y en la que también se divierten cuando venden bien y les hace buen tiempo.

En la que voy contando se divertían mucho embromando á Marcelo con la novia.

Al doblar la última esquina para salir del lugar, Marcelo había echado una mirada muy expresiva á Clara que estaba todavía á la puerta, mirada que quería decir: «¡Ya verás qué felices vamos á ser!» según la interpretación del compañero que la sorprendió.

Aquella mirada fué la comidilla de todo el camino.

IV

A los cuatro días después de San Juan, volvían ya los carreteros de Fontanal muy contentos, cara á la montaña.

La feria había andado muy buena: se habían vendido las cubas de á diez y seis á cuarenta y cinco duros, las de á catorce á cuarenta y así sucesivamente bajando cien reales en cada tajo. Marcelo y sus compañeros habían vendido en la feria, pero habían tenido que ir á entregar la madera á Villabañez y allí mismo habían envasado: traían buen vino y dinero sobrante, de modo que volvían satisfechos y alegres.

Soltaron para la siesta en una alameda á la orilla del Pisuerga, cerca del puente de Cabezón, y cual antes, cual después, todos se fueron echando á dormir, menos Marcelo que dijo que tenía mucho calor y que iba á bañarse.

Los otros durmieron á la sombra largo y tendido.

Cuando comenzó á caer el sol, el tío Blas, que era el más viejo y el que hacía de mandón, comenzó á despertar á los que todavía dormían dándoles prisa para uncir.

– Pero ¿dónde está Marcelo? – preguntó al ver que no estaba unciendo sus bueyes.

– Dijo que se iba á bañar y no ha vuelto, – le contestó otro; – á lo menos yo no le he visto.

– Id á llamarle, – replicó el tío Blas; – se echaría á dormir al salir del baño.

Fueron dos hacia la orilla del río y no parecían volver. Llegaron también los demás, y todos contemplaron llenos de terror el desnudo cuerpo de Marcelo que flotaba ya rígido al pelo del agua.

. . . .

Pocos días después se contaba la desgracia en Fontanal y en los demás pueblos del contorno, con espanto de los que la oían y no sin temor de los que la contaban.

Bien me acuerdo yo de oirla referir en Villanoble con estas mismas palabras que creo que no se me olvidarán nunca:

– ¿No sabe V. la noticia triste que tenemos allá?

– No, no sé nada. ¿Qué es?

– Que Marcelo, el de la tía Roja, se ahogó en Campos... Se fué á bañar á un río, y cuando le fueron á buscar los compañeros le encontraron ahogado.

– ¡Jesús! ¡Qué desgracia!... Morir así... ¡Dios mío!.... Pero ¿cómo fué? ¿No sabía nadar?

– Sí señor... ¿Nadar?... Los peces le tenían á él envidia. Nadaba grandemente... Pero... ¡Qué quiere V.! Llevaba la soga arrastrando, y la pisó el pobre.

Antonio de Valbuena

NOTICIAS VARIAS

La ejecución de los reos por la electricidad. – El célebre electricista Mr. Edison, ha sido llamado oficialmente á dar su opinión acerca de las ejecuciones por medio de la electricidad.

Sábese que el abogado de Kemmler, el asesino de Buffalo y el primero en ser condenado por la nueva ley á morir con la aplicación de la corriente eléctrica, no habiendo podido anular el proceso por vicio de forma, se ha amparado de la misma ley pretendiendo que es contraria á la Constitución por imponer una pena «extraordinaria é inhumana.» El tribunal, en su vista, ha ordenado que se abra una información en Nueva York, nombrando al abogado M. Becker para presidirla.

Por absurdo que parezca, el abogado del reo ha planteado la cuestión de si era posible matar á un hombre con la electricidad. Hánse citado toda clase de testigos y toda suerte de pretendidos expertos y peritos, algunos de los cuales no han titubeado en declarar que era imposible quitar la vida á un hombre con la aplicación de las corrientes ordinarias. A la información ha comparecido un tal Carpenter Smith, que se considera absolutamente refractario á los efectos de la electricidad, y dice haber recibido una descarga eléctrica de una violencia extraordinaria sin haber experimentado otro inconveniente que una fuerte sacudida acompañada de una ligera contracción de nervios.

No le ha costado mucho trabajo á Mr. Edison el desbaratar tanta aserción inverosímil como habían expuesto en su presencia. Después de declarar que durante los últimos veintiséis años se había ocupado en problemas relativos á la electricidad, entró en detalles de carácter técnico acerca de la naturaleza de las corrientes, diciendo que nada era más fácil que causar la muerte instantánea de un hombre por medio de aquéllas. Al presentarle á Mr. Smith, que dice ser invulnerable á las corrientes, Mr. Edison le dijo: «Si queréis venir á mi laboratorio y someteros á la acción de una fuerza de fluido quince veces menor que la descarga que pretendéis haber recibido, os doy desde luego 100 duros.» Un amigo del inventor, que estaba presente, ofreció además 200 duros; pero el *refractario* Mr. Smith, ante estas proposiciones ha sido igualmente refractario. «Con una corriente de una cierta potencia, ha añadido Mr. Edison, me comprometo á matar á un hombre instantáneamente y también á carbonizarlo en un espacio de tiempo casi inapreciable.»

Sería ocioso considerar el peso que tendrá un testimonio como el de Mr. Edison en la cuestión que se está dilucidando. Es verdad que uno se pregunta si valía la pena de molestar á aquél, cuando todos los días, tanto en este país como en otros, oimos de algún pobre diablo muerto en el acto mismo de ponerse en contacto con uno de esos alambres conductores de la electricidad para el alumbrado, que aun cuelgan en son de amenaza de los postes que tanto desdicen del ornato público.

(De *La Ilustración Norte Americana*)

EL SENTIMIENTO DEL ARTE EN EL PERRO. – ¿El perro es capaz de conocer un retrato? Tal es la cuestión que acaba de plantear en Inglaterra el periódico *The Spectator* y que ha dado lugar á la siguiente prueba. Un perro de caza muy inteligente, perteneciente á un pintor, tenía la mala costumbre de perseguir á los carneros. Aplicándole algunos correctivos oportunos se consiguió hacerle perder su malhadada afición. Cierto día, su amo pintó un rebaño de carneros guardados por dos perros. Alguien hubo de llamar al pintor, quien por esta causa tuvo que salir de su estudio, y al salir apoyó el lienzo en la pared: cuando volvió, se quedó agradablemente sorprendido al ver á su sabueso de muestra delante del cuadro, con las orejas tiesas, la mirada brillante y sumamente agitado. Chocóle al pintor este incidente tanto más cuanto que los carneros sólo tenían de ocho á diez pulgadas de largo. El perro debió comprender que eran una reducción y que había de verlos de lejos. En cuanto á sus congéneres pintados en el cuadro, ni siquiera los miró, pero cada vez que le enseñaban el lienzo se ponía muy excitado, y aun sucedió que saltó á la mesa para ver la pintura más de cerca.

La misma Revista hace mención de otro caso no menos curioso. Una señorita que tenía dos perros, encargó á Chalón que hiciese el retrato de uno de ellos, y por invitación del pintor fué á verlo, acompañada del otro perro. Chalón había colocado el lienzo en el jardín para que se secara; el perro conoció al punto á su camarada, se puso á ladrar al retrato, y á saltar alrededor de él, como si encontrara á su mismísimo compañero.

He aquí, pues, un medio muy á propósito para que salgan de dudas las personas que no saben si su retrato es bastante parecido; no tienen más que poner su perro delante del lienzo; si ladra, menea la cola y festeja al cuadro, es que la obra está bien; si le vuelve resueltamente la espalda, está juzgada de sobra.

Los perros pueden tener también á veces sentimiento musical. El sabueso de que hablábamos con referencia á los carneros tenía notables disposiciones para la música: acompañaba al piano ó la voz á compás con precisión sorprendente. La *Marcha fúnebre* de Chopin le afectaba penosamente; recogía la cola, y después de acompañar *sotto voce* el recitado, prorrumpía en gritos convulsivos. En cambio la *Mandolinata* le extasiaba; levantaba la cola, el hocico, y emitía sonidos claros y vibrantes con satisfacción evidente.

LA FOTOGRAFÍA EN EL JAPÓN. – El ministro de Instrucción pública del Japón ha decretado que desde el próximo curso se enseñe fotografía en la mayor parte de las escuelas superiores, especialmente en el Instituto arqueológico (verdadera escuela de mapas), en el de silvicultura y en las academias militares. ¿Cuándo se ocuparán en España de organizar esta enseñanza en nuestras grandes escuelas especiales y en las de Bellas Artes y de dibujo?

(De *La Nature.*)

EL PALACIO DE HIELO EN PARIS

Los muchos parisienses aficionados á la patinación se veían de algunos años á esta parte obligados á renunciar á tan higiénico ejercicio porque no ha habido en aquella capital una serie de heladas bastante prolongada para congelar los lagos del bosque de Boulogne. La industria, supliendo esta deficiencia de la naturaleza, les permitirá en adelante dedicarse á su diversión favorita, en todo tiempo y sea cualquiera la temperatura del aire.

Con este objeto se ha arreglado el llamado *Palacio de hielo*, aprovechando al efecto el circo construído cuando la pasada Exposición para plaza de toros, en la calle Pergolèse.

Ante todo se ha cubierto el redondel para preservar á los patinadores de las inclemencias de la atmósfera. Alrededor de la pista, que tiene una superficie de 2.200 metros cuadrados, se ha dejado un paseo de siete metros de ancho (fig. 3). Se ha asfaltado el suelo de la pista nivelándolo perfectamente, y sobre él se ha puesto un inmenso serpentín de hierro y de *diez y seis* kilómetros de desarrollo.

Para hablar con más exactitud diremos que hay 14 serpentines, cada uno de los cuales tiene 1.100 metros de desarrollo, formando catorce circuítos completos que, partiendo todos de un mismo punto situado en el borde de la pista, vuelven á él después de recorrer una parte de su superficie: en este punto de arranque de todos los circuítos están colocadas las llaves con las cuales se les puede hacer independientes entre sí. Los tubos de hierro empleados tienen tres centímetros y medio de diámetro interior, estando cada uno á 12 cents. del inmediato. Compréndese que, si después de estar la pista llena de agua de modo que cubra por completo los tubos, se consigue por un medio cualquiera que éstos se pongan á una temperatura muy baja, resultará la congelación de la masa de agua.

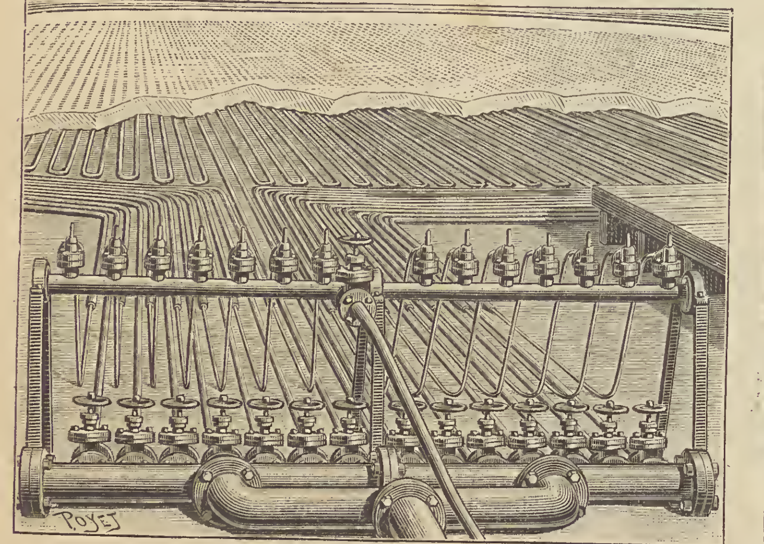


Fig. 1. Colocación de los tubos de distribución del aire frío para congelar el agua.

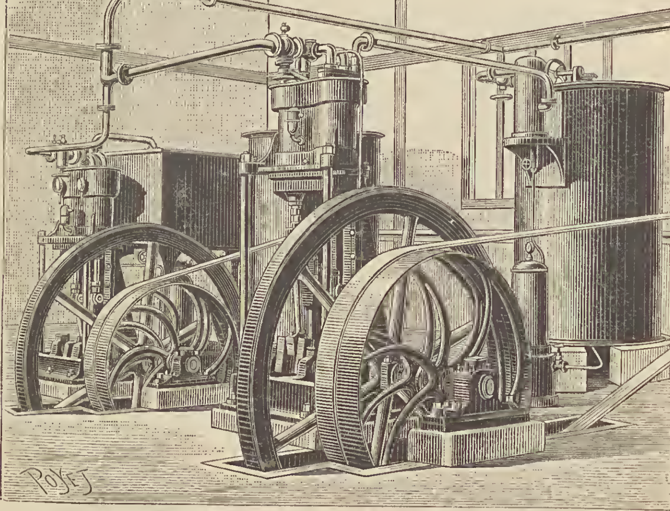


Fig. 2. Máquina para producir el frío.

Pasemos al departamento de las máquinas situado junto al circo, y veremos funcionar los aparatos Fixari, con los que se produce el frío (fig. 2). El principio del sistema es muy conocido; está basado en la liquefacción y expansión del gas amoníaco. Llevado al departamento en bombonas en las que se halla en estado de disolución en el agua, se extrae el gas sencillamente calentando el agua en una vasija cerrada. A un tubo que parte de esta vasija hay adaptada una bomba que aspira é impele el gas á un serpentín rodeado de agua fría renovada constantemente, por el cual va por último á condensarse en un depósito situado en la parte inferior del aparato.

Una vez terminada esta operación, se consideran *cargados* los aparatos y se corta la comunicación con la vasija que ha contenido la disolución amoniacal.

En el caso particular que hoy nos ocupa y que en suma no es otra cosa sino la reproducción en grande escala de lo que se hace diariamente en las fábricas de hielo, he aquí lo que pasa: el depósito que contiene el amoníaco licuado se pone en comunicación con el colector del que arrancan los 14 circuitos de 1.100 metros cada uno, mientras que la bomba produce una aspiración en otro colector á donde van á parar los extremos de los circuitos (figura 1). En tan largo trayecto, el amoníaco recobra su forma gaseosa, transformación que produce un frío de más de 30 grados bajo cero, y por consiguiente la masa de agua que rodea á los tubos se congela con presteza. Es obvio que la bomba que produce la aspiración en los tubos de la pista, produce también inmediatamente, como para la operación de la carga primitiva, la impulsión del gas al aparato de liquefacción. Vese pues que, una vez cargado el aparato, la misma provisión de amoníaco es la que sirve indefinidamente.

Tres son los aparatos Fixari empleados en la calle Pergolèse, y pueden producir respectivamente 300, 500 y 1.000 kilogramos de hielo por hora. Otras tres locomóviles que en junto representan una fuerza de 120 caballos, hacen funcionar las bombas.

Para la primera congelación de la pista se requiere todo el material, pero luego no hay más que entretenerla, para lo cual basta una parte de éste. El resto de la fuerza motriz se aprovecha para el alumbrado eléctrico del establecimiento.

La prueba hecha en el circo formará época en los Anales de las aplicaciones de la física; pues en efecto, presentaba grandes dificultades que se comprenden al considerar el crecido número de empalmes que requiere un serpentín de 16 kilómetros, y la gran afinidad que tienen, uno para con otro, los dos elementos que se trata de aislar, el agua y el gas amoníaco.

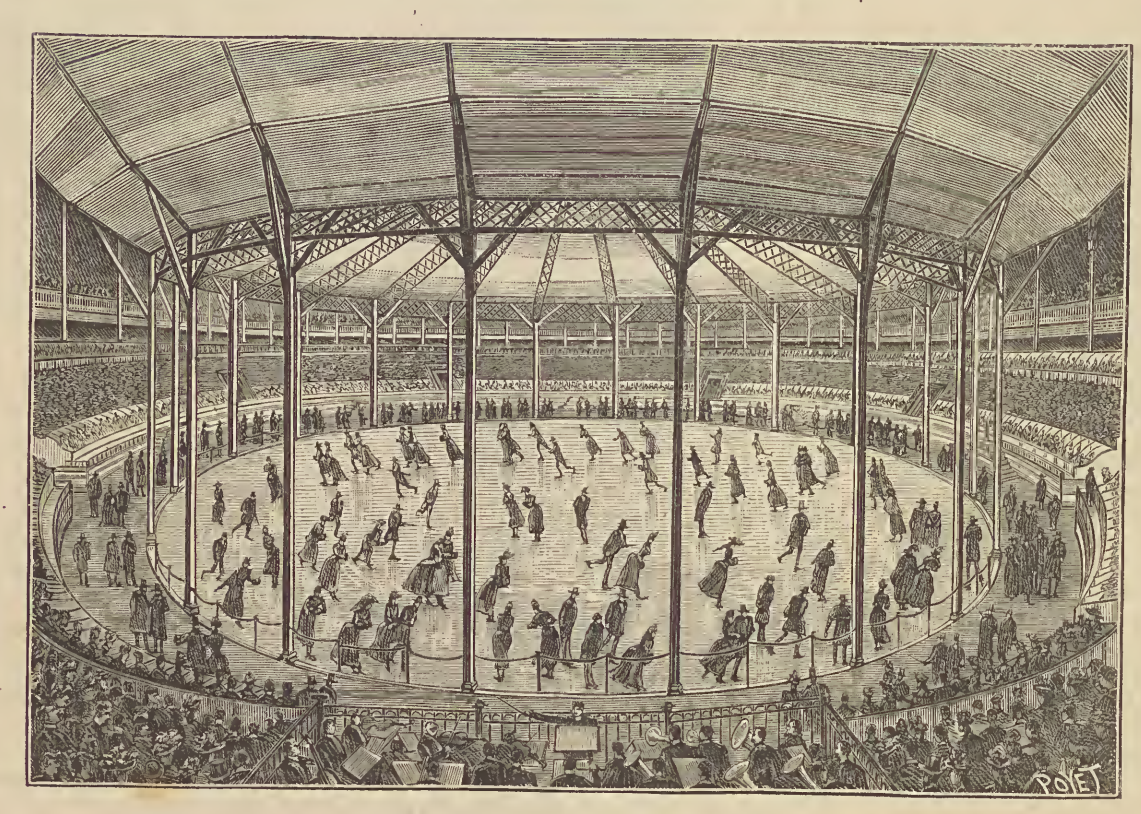


Fig. 3. Vista general del Palacio de hielo en París

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN